

Educación y ciudad

Sobre la lectura y Nietzsche

ANHELO DE UN RUMIANTE LECTOR VACUNO

TEXTO DE ESTANISLAO ZULETA¹
EDICIÓN HENRY SÁNCHEZ,

Basado en un texto que escribió en 1982, Zuleta nos explica que el fomento de la lectura como argumento de la cultura tiene sus bases en la incitación de la lectura y en la lectura provocadora.

Voy a hablarles de la lectura. Acaso ningún escritor haya hecho tan conscientemente como Nietzsche de su estilo un arte de provocar la buena lectura, una más abierta invitación a descifrar y obligación de interpretar, una más brillante capacidad de arrastrar por el ritmo de la frase y, al mismo tiempo, de frenar por el asombro del contenido.

Hay que considerar el humorismo con el que esta escritura descarta –como de pasada– lo más firme y antiguamente establecido y se detiene corrosiva e implacable en el detalle desapercibido: hay que aprender a escuchar la factura musical de este pensamiento, la manera alusiva y enigmática de anunciar un tema que sólo encontrará más adelante toda amplitud y la necesidad de sus conexiones.

Este estilo es la otra cara, el reverso de un nítido concepto de la lectura, de un concepto que a medida que se hace más exigente y más quisquilloso, libera la escritura de toda preocupación efectista, periodística, de toda aspiración al gran público; y de esta manera abre al fin el espacio en que pueden consignarse las palabras del *Zaratustra* y elaborarse la extraordinaria serie de obras que lo continúan, comentan y confirman.

Al final del prólogo de la *Genealogía de la moral*, Nietzsche dice que requiere un lector que se separe por comple-

to de lo que se comprende ahora por el hombre moderno. El hombre moderno es el hombre que está de afán, que quiere rápidamente asimilar. “Por el contrario –escribe Nietzsche–, mi obra requiere de lectores que tengan carácter de vacas, que sean capaces de rumiar, de estar tranquilos”; y afirma que “[...] existe la ilusión de haber leído, cuando todavía no se ha interpretado el texto”. Y esa ilusión existe por el estilo mísero en que se escribe.

Pero él va más lejos. El texto que viene más a la mano se encuentra en el primer discurso del *Zaratustra*. Dice Nietzsche que va a contar la ma-

nera como el espíritu se convierte en primer lugar, en camello, el camello se convierte en león y éste se convierte finalmente en niño.

Nietzsche dice que primero el espíritu se convierte en camello: es el espíritu que admira, que tiene grandes ideales, grandes maestros. Por ejemplo, en el caso de Nietzsche, es Schopenhauer, una inmensa capacidad de trabajo y dedicación. El camello es el espíritu sufrido, el espíritu que busca una comunidad con cualquier cosa –es un aspecto que se refiere al pensamiento, todo el *Zaratustra* es una teoría del pensamiento–.

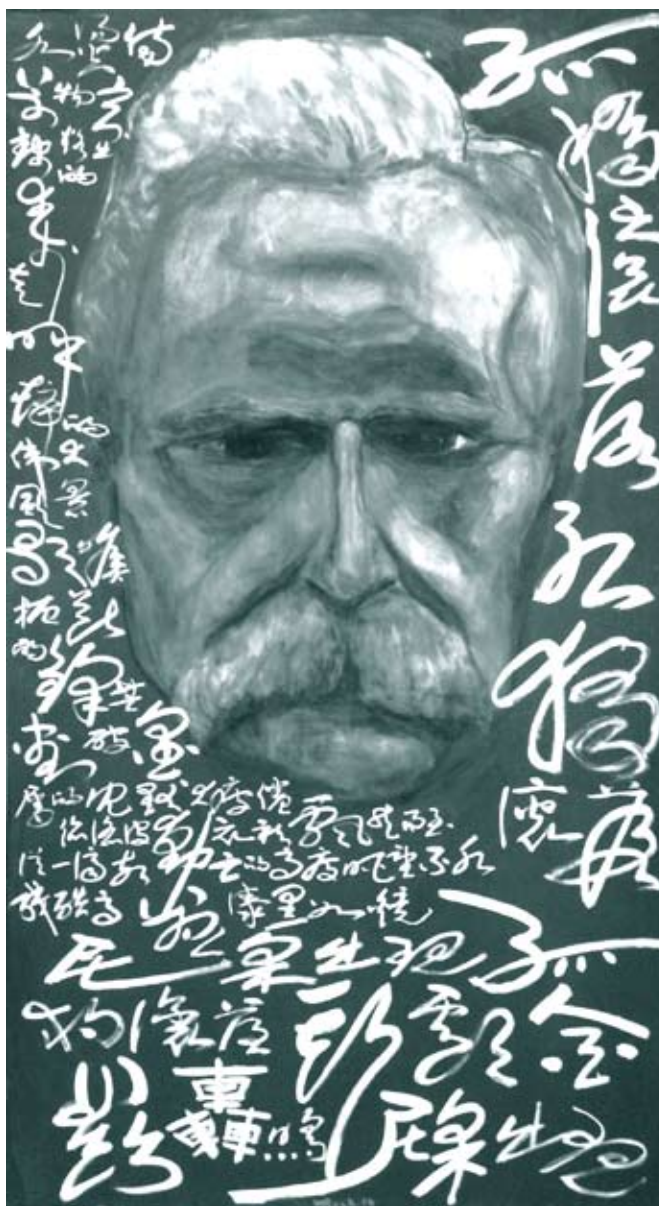
Si no se logra leer así, no se entiende nada; pero el espíritu no es sólo eso, admiración, dedicación, fervor, y trabajo; el espíritu es también crítica, oposición. Dice Nietzsche que el espíritu se convierte en león; y como león se hace solitario, y en el desierto se enfrenta con el dragón de múltiples escamas, y todas esas escamas rezan una misma frase: “Tú debes”. Entonces, el espíritu se opone al deber, es el espíritu rebelde, el que toma el *tú debes* como una imposición interna contra la cual se rebela, que mata todas las formas de imposición y de jerarquía, pero que todavía se mantiene en la negación. Y dice Nietzsche que el león se convierte finalmente en niño y lo explica así: el niño es inocencia y olvido, un nuevo comienzo, una rueda que gira, una santa afirmación.

Eso ya no es rebelión contra algo; la rebelión contra algo sigue estando determinada por aquello contra lo cual uno se rebela, de la manera en que, por ejemplo, el blasfemo sigue siendo religioso, porque para pegar una puñalada a una hostia hay que ser tan religioso como para tragársela; es inocencia y olvido.

El olvido en Nietzsche es una fórmula muy fuerte, una potencia positiva. Nuestra capacidad de olvidar es nuestra superación del resentimiento. Ahora, el pensamiento funciona con las tres categorías: capacidad de admiración: idealización, trabajo o labor; la capacidad de oposición: crítica, rebelión; y otra: la capacidad de creación: sin oponernos a nada, de juego, de inocencia, de rueda que gira.

El espíritu es las tres cosas; sólo si esas tres cosas se combinan funciona el pensamiento filosófico; cuando cualquiera de las tres se enuncia sola es una determinada frustración, una filosofía sombría, un dogmatismo o una idealización de cualquier tipo, o una filosofía rebelde que no es más que rebelión, o es también una filosofía que no tiene ni apoyo en aquello a lo que busca integrarse, ni en aquello contra lo que lucha, sino que se predica sólo como juego y que como juego sólo es anarquismo vacío.

En un libro más tardío, *La voluntad de dominio*, Nietzsche retoma estas ideas y las da como historia de su



Caligrafía del poema “Nietzsche” de Huang Xiang.

vida; ese mismo juego de oposiciones contiene una filosofía que nos impone un trabajo: interpretar. Si no lo hacemos así, no entendemos nada. Nietzsche dice, comentando sobre su obra: “Creo que la incompreensión que tienen hacia mí, es en el fondo alejada de la lengua que yo hablo; todavía no pueden llegar a mis textos, ya que cuando uno no oye nada, puede tener la ilusión de que allí no se dice nada, entonces, hace falta un tiempo para que me oigan. En todo caso, los que me elogian están más lejos de mí, incluso, que los que me critican”.

Es al primer discurso del *Zaratrustra* al que Nietzsche se refiere cuando dice que la lectura requiere de la interpretación en el sentido fuerte. Es precisamente por eso que su estilo logró imponer la necesidad de interpretar. El *Zaratrustra* es por ello un libro curioso. Casi no existe hoy entre nosotros un libro alemán más famoso que el *Zaratrustra*; es difícil encontrar en Colombia un zapatero que no se haya leído el *Zaratrustra*, se vende en las librerías de segunda, al lado de las obras completas de Vargas Vila; y sin embargo, probablemente, no haya un libro más difícil que el *Zaratrustra*; es como si se vendiera al lado de Vargas Vila *La fenomenología del espíritu*.

Tiene, pues [esta obra] una situación muy particular, ya que se puede recibir como poesía, o se puede hacer

una lectura religiosa; en realidad es un libro muy exigente con el lector; hay que cogerlo casi que párrafo por párrafo y someterlo a una interpretación: eso es lo que exige del lector.

Nietzsche es particularmente explícito sobre este punto al final del prefacio a la *Genealogía de la moral* (1887), y al final del prefacio a *Aurora*: “No escribir de otra cosa más que de aquello que podría desesperar a los hombres que se apresuran”.

No se trata, sin embargo aquí, como podrían hacer pensar éste y muchos otros textos del “Afán del hombre moderno” que requiere informarse lo más rápidamente posible y al que debiérase oponer una lectura lenta, cuidadosa, y *rumiante*. Al poner el acento sobre la “interpretación”, Nietzsche rechaza toda concepción naturalista o instrumentalista de la lectura: leer no es recibir, consumir, adquirir: leer es trabajar. Lo que tenemos ante nosotros no es un mensaje en el que un autor nos informa por medio de palabras —ya que poseemos con él un código común, el idioma— sus experiencias, sentimientos, pensamientos o conocimientos sobre el mundo; y nosotros, provistos de ese código común, procuramos averiguar lo que ese autor nos quiso decir.

Que leer es trabajar, quiere decir —ante todo—, que no hay un tal código común al que hayan sido “traducidas” las significaciones que luego vamos a descifrar. El texto produce su propio código por las relaciones que establece

entre sus signos; genera, por decirlo así, un lenguaje interior en relación de afinidad, contradicción y diferencia con otros “lenguajes”. El trabajo consiste en determinar el valor que el texto asigna a cada uno de sus términos, valor que puede estar en contradicción con el que posee el mismo término en otros textos.

Tomaré un ejemplo muy sencillo para ilustrar la contradicción con el valor que tiene en el texto la ideología dominante: Platón, en el *Teeteto*², incluye en el concepto de “esclavos” a los reyes, los jueces y, en general, a todos los que no pueden respetar el tiempo propio que requiere el desarrollo del pensamiento, porque están obligados a decidir o concluir en un plazo determinado, y ese plazo prefijado los excluye de la relación con la verdad, la cual tiene sus propios ciclos, sus caminos y sus rodeos, sus ritmos y sus tiempos que ninguna instancia y ningún poder pueden determinar de antemano.

Así, Nietzsche llama “voluntad de dominio” a una fuerza unificadora perfectamente impersonal que confiere una nueva ordenación y una nueva interpretación a los elementos que estaban hasta entonces determinados por otra dominación. Esta noción es, por lo tanto, no sólo ajena a la significación que le asigna la ideología dominante, sino directamente opuesta, puesto que

en ésta se entiende como deseo de dominar, superar, de oprimir a otros dentro de los valores y jerarquías existentes y por lo tanto de someterse a esos valores y jerarquías. Traemos esto a cuento sólo para indicar que toda lectura “objetiva”, “neutral” o “inocente”, es en realidad una interpretación: la dislocación de las relaciones internas de un texto para someterlo a la interpretación de la ideología dominante.

Quiero subrayar aquí un punto: no hay un tal código común. Cuando uno aborda el texto, cualquier que sea, desde que se trate de una escritura en el sentido propio del término, es decir, en el sentido de una creación, no de una habladería, como dice Heidegger —porque las habladerías también se pueden escribir, eso es lo que hacen todos los días los periodistas, escribir habladerías—; cuando se trata de una escritura en el sentido fuerte del término, entonces no hay ningún código común previo, pues el texto produce su propio código, le asigna su valor; ese es un punto importantísimo en la teoría de la lectura.



Estanislao Zuleta. Caricaturas de Elkin Obregón, 1995.



¹ Una de las figuras emblemáticas del pensamiento colombiano contemporáneo. Fue profesor de las universidades Libre de Bogotá, Santiago de Cali, U. de Antioquia y de la Universidad del Valle, que le confirió el doctorado Honoris Causa en Psicología, en 1980 (Medellín 1935, Cali 1990). N. del E.

² Matemático griego. Sus principales contribuciones se centran en los números irracionales. Platón le hace interlocutor principal de Sócrates en dos de sus diálogos, el “Sofista” y el llamado “Teeteto” (Atenas, 417-369 a. n. e.) N. del E.